

le permite confirmar en la primera los procesos de la segunda. De esta manera, hechos como la “alienación”, la “diferenciación” y la “racionalización” (Weber) o lo que Lukács denominó la “reificación capitalista”, evidenciaban, en términos del arte musical, cómo éste se había desvinculado de las experiencias de la vida cotidiana. Al igual que ocurría con el cine, en la sociedad administrada la mayor parte de la música era pensada desde sus orígenes como mercancía y, por lo tanto, cumplía una función represora del individuo. De esta manera, una posible música redentora estaría ligada –como también lo sugirió Adorno con respecto al arte expresionista– al “lenguaje cifrado del sufrimiento”. Así, la función de esta música se equipararía a la de la teoría crítica en la medida en que ambas negarían de forma explícita el *statu quo*.

De esta manera, Jay subraya cómo Adorno dejó insinuado el camino hacia la realización de la utopía. Es el arte el que abre las puertas hacia la real experiencia liberadora y emancipadora, y es la música la expresión artística que quizás más se equipara a la teoría crítica en su labor de despertar conciencias. Así, el texto de Jay es efectivamente un abre-bocas, que si bien puede ser leído y asimilado por un lector no iniciado, nunca llega ser una síntesis facilista y reconciliadora. La promesa que Jay hace en la introducción se cumple: al terminar la lectura de *Adorno* el lector aspirará a leer algún texto del filósofo no obstante percibir la complejidad de su pensamiento: constelación de estrellas que se resisten a jerarquizarse o reducirse a un centro.

Jimena Gamba  
Estudios Literarios  
Universidad Nacional

**Wellmer, Albrecht. *Sobre la dialéctica de modernidad y posmodernidad. La crítica de la razón después de Adorno*. Madrid: Visor, 1993. 162 páginas.**

**¿Todavía tiene Adorno algo que decir a la teoría crítica y a las sociedades?**

Tras una serie de conferencias Albrecht Wellmer ha consolidado este pequeño pero importante texto, en el que reúne sus intervenciones en diferentes coloquios. En ellos se ha ocupado de fundar nuevos caminos comprensivos de uno de los principales pensadores para la Teoría Crítica, Theodor Adorno. Estas perspectivas esperan dar continuidad y aplicación a un pensamiento aparentemente agotado, y pueden a su

vez fundar una nueva vía, fiel pero también crítica, para la Teoría en la escuela de Frankfurt. Su pretensión alcanza el máximo de efectividad con el texto de la conferencia *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad. La crítica de la razón después de Adorno*, de la cual a su vez se sirve para titular esta publicación. Por lo demás el conjunto de la obra inserta al filósofo alemán en el circuito de la reflexión actual, haciendo justicia a un pensador, que se destacó por ser el precursor de la observación y el análisis conceptual de los acontecimientos y contenidos de una época que perdió sus cimientos y concebía a otra desde las cenizas de la razón y la cultura. Por otra parte, no se dejan de lado las alternativas propuestas por el pensador en busca de la superación empírica de la crisis y la reconciliación de la reflexión con las contradicciones que la desbordan.

Adorno es fiel a la tradición más clásica de la filosofía alemana, pero no deja de ser intempestivo; pues busca dar cuenta de los vacíos de la reflexión en sí misma y de los que sufre en la experiencia, así como de los vacíos de la experiencia en sí misma y de los que sufre en la reflexión. Su trabajo consiste en la revisión de los vacíos que existen en el pensamiento de Occidente desde una época como la Ilustración, y que aún hoy están presentes, conceptual y materialmente. Wellmer se remonta hasta los primeros trabajos de Adorno para recoger su Crítica filosófica a la civilización, la constitución del sujeto en sí mismo y la naturaleza, hasta dar con la propuesta del filósofo para superar la crisis observada en la Modernidad, a través del estudio de sus últimos escritos: la Dialéctica Negativa y los publicados luego de su muerte, la conocida Teoría Estética y una serie de artículos que escribe para la revista y el Instituto de Frankfurt.

Con las cuatro presentaciones que conforman este libro, Wellmer consolida una visión que no puede ser omitida por ningún estudio actual sobre Adorno. Aquí no se hará una presentación sucinta de cada conferencia, pues todas tienen en común la comprensión conceptual de la época junto al estudio del proyecto de emancipación o superación de su crisis. Recorreremos esta vía y nos concentraremos en el impulso dado por la articulación novedosa que Albrecht Wellmer realiza para hacer efectiva esta filosofía.

### **La barbarie**

Theodor Adorno se concentra en un motivo que la filosofía viene trabajando continuamente. La reflexión marxista, psicoanalítica y nietzscheana, lo fundamentarán para su crítica a la época de la Ilustración y su prolongación hasta la *experiencia* de la modernidad como Racionalidad Instrumental.

Sabemos que la travesía de la *experiencia* como concepto es larga en el contexto filosófico, y que su punto culminante se da dentro de la línea del idealismo como autoconciencia, en la conformación del sí mismo bajo las directrices lógicas del concepto, los principios de no contradicción y de identidad. Adorno entiende esto como un proceso en el que la subjetividad conceptual, al objetivarse, termina desentrañando y sometiendo la experiencia del sujeto con la naturaleza desde el mismo canon del pensamiento lógico.

En el contexto material de esta *experiencia*, la Ilustración presenta un perfil ejemplar de la subjetividad, cuando se ha elevado en acto revolucionario, en contra de las creencias y su manifestación mitológica y sagrada, pues se observa en la realización del acto autónomo el motor del dominio sobre la naturaleza y lo humano. Adorno dice que una vez se proyecta esta actitud hacia la modernidad, se materializa el control físico sobre lo vivo y lo diferente, pues la primacía de la estructura del principio yotico ilustrado se eleva considerando lo otro y lo impropio bajo la determinación de sus principios de carácter lógico e instrumental. Así su materialización se lleva a cabo en general, bajo la forma de la Razón objetivante, escindida de la naturaleza y el hombre.

En el intercambio, entendido como el movimiento de lo materialmente necesario para la existencia humana, se puede considerar un ejemplo de la realización de la Racionalidad objetivante. En lo que originalmente, fue un ejercicio construido en la praxis social de los hombres, la circulación de las mercancías fundamenta su ordenamiento, tomando a la subjetividad y la praxis social de su elemento, para readaptarlas luego a la lógica de su movimiento enajenante y objetivo.

Wellmer no quita el aguijón a la visión crítica de Adorno, pues su revisión no piensa pasar por encima de él; si se tratara de un simple retoque, ignoraría por ejemplo este momento del pensamiento de Adorno trabajado en la *Dialéctica de la Ilustración*, junto a su amigo Max Horkheimer, lo que quiere decir que el momento Crítico se mantiene implícito y cualquier continuación de la misma reflexión filosófica sabe que dentro de sus venas corre la lógica de la barbarie.

La escalada de la racionalidad subjetiva no sólo radica en las representaciones fundadas en la lógica y en el concepto, pues lo que ella "arma" y "zanja" como su objeto, resulta a su vez modelado según sus especificaciones, de modo que el intercambio, siendo una experiencia que resulta de la vivencia socio-cultural, se desentraña allí, a través de su imagen objetivada, anulando la particularidad gracias a la abstracción, las cualidades gracias a la cuantificación, el proceso y la construcción gracias

a lo inmediato. El poder del análisis de Adorno quiere hacer ver que la representación objetiva reduce la experiencia de lo particular, cuando su momento es conformado en un escenario según la lógica de la Razón Instrumental, pues termina distorsionando las circunstancias reales de las relaciones del hombre consigo mismo, tanto como la experiencia entre los hombres y de estos con la naturaleza.

Ahora bien, si la filosofía no entra a revelar esta situación, continuará con su papel legitimante o aún peor, seguirá reflexionando desde la misma situación del sistema social aberrado, dado que a su interior ella no ha cerrado las puertas a la barbarie y sus procedimientos lógicos reproducen la subjetividad dominante a cada momento. Adorno piensa, por el contrario, que la reflexión filosófica debe ser el motor de la superación de esta problemática y considera que esta puerta se cierra si su papel no es revelar la crisis de la racionalidad en la modernidad. La legitimidad de la filosofía se mantendrá en el momento en el que acepte a la reflexión negativa como parte del pensamiento y cuando se extienda tanto como se extienda el progresivo oscurecimiento de la época. Atender o no a este imperativo propio de la actividad legítima de la filosofía es lo que ocupa a la ortodoxia y a los que reformulan conflictivamente el pensamiento de Adorno.

Wellmer, como otros pensadores de la escuela de Frankfurt, resalta la subsiguiente aporía a este procedimiento filosófico, pues si la reflexión y la racionalidad instrumental, contempladas independientemente o desde su interrelación, están viciadas, su ejercicio continuo no deja ver un horizonte distinto al de la reflexión de lo negativo.

Con esta reflexión de carácter negativo, la filosofía evidenciará el control de la subjetividad formal sobre la naturaleza. Sin embargo, cuando se propone ir más allá de la herencia de la Ilustración criticando sus supuestos y consecuencias, busca aún dentro de la misma tradición reflexiva el objetivo de ilustrar a la Razón; pero su procedimiento va de la mano de la Crítica a la Razón y la subjetividad realizadas por el freudismo, el marxismo y Nietzsche, con el objetivo de develar las naturalizaciones que efectúa la Razón Instrumental cuando desconoce por su violencia totalizante los procesos y tiempos particulares. Esta filosofía que se fija en lo escindido y profundiza en las fracturas, tenía su precursor en Nietzsche, y se constituye con la reflexión intempestiva, fuera de los sistemas y siempre atenta a la suerte de lo real, de lo disperso y lo múltiple. Su actividad está unida a la del arte, la una y la otra se tienen como aliadas y se encuentran de igual forma fuera de la violencia de lo instrumental; ahora juntas, se espera que configuren nuevas vías y nuevas experiencias emancipadoras propias de la reconciliación de lo viviente.

Wellmer no dará la espalda a esta alianza, pues se puede constituir en la columna que sostenga el giro efectivo hacia la reflexión que la barbarie de la modernidad había sellado una vez. Es de recalcar la filia que contiene esta alianza en el mismo carácter personal del filósofo; pues sus actividades como crítico, como artista y como espectador de arte hacen que las haya considerado motores de una posible emancipación en su propia forma de vida. Esta dinámica además de interesante es ejemplar para su observador, pues supone en la creatividad un equilibrio perfecto entre lo formal y lo vivo, ya que al ser procedimientos aislados de lo violento y trasgresor, ninguno se deberá sobreponer al otro si no se quiere culminar en lo formal-muerto. Así el procedimiento artístico tendría en común con el filosófico-postilustrado más de un elemento: aislados de las naturalizaciones de la cultura, sus materiales jugarán a desmarcarse de la llamada tradición, pues también están con ella marcados por lo falso. Cuando la legitimidad de la obra plástica y filosófica consista en revelar la apariencia de lo que existe en las imágenes objetivadas mediante lo instrumental, ellas expondrán a la luz el dominio y quizá lo suspendido o lo olvidado tras las investiduras formales.

Aún así, pese a ampliar la visión del espíritu filosófico con el artístico, las contradicciones continúan. La materialidad objetiva de la obra y de la filosofía compuesta por la ambivalencia realidad/apariencia, propia de la esfera que se revela a su vez emancipada del sistema conceptual-normativo, pone a la verdad artística y reflexiva siempre en un abismo; aunque con esto se constituya su armonía estética y filosófica, tal proceso también las violenta continuamente obligándolas a verse a sí mismas al interior de esta negatividad sólo como rebelión, hasta contra el mismo factor estético que se ha vuelto formal. Claro, si toda subjetividad está colonizada, su expresión sólo deberá provocar su autodestrucción al ser ineludibles sus directrices. Bueno, para Adorno este asalto a la Razón, mostrándola aporética, es lo verdadero.

En aras de la reconciliación, Adorno ve que el artista también debe ir más allá del arte, tal como el filósofo se proyectaría más allá de la Ilustración, aún con el proyecto mismo de la Ilustración, más allá del concepto con el concepto mismo. La visión artística, también dirigiría su proyecto más allá del estado falso del mundo, purgándose con lo que permanece irreconciliado. El arte transgredido con el arte mismo es el arte que Theodor Adorno vivenció en su época con la música serial y atonal, con su maestro Alban Berg y su colega Arnold Schönberg, un arte que se valida cuando formalmente se niega a sí mismo, pues combate con los grandes órdenes representativos que lo constituyen.

El trabajo que Wellmer realizará, Adorno mismo lo empieza a marcar ejemplarmente. Es como el ejercicio de prolongarse más allá de Adorno con Adorno mismo, es un ejercicio que asimila su misma concepción negativa de la dialéctica con la que va hasta el límite, lo petrificado, la naturaleza muerta. Con ese más allá le es fiel, pues justamente con eso lo hace posible, sin dejar de lado las contradicciones concretas que pliegan el sujeto y hacen de su reflexión una dialéctica, una aporética y una utopía. Este trabajo no se toma a la ligera, pues los puntos álgidos resaltados por Wellmer son los más comprometidos por los revisionistas; si los va repasando, es porque los va a conjugar. Basta ver el amplio espacio que le dedica en la obra a esta experiencia del arte y del esteta deshaciéndose y revelándose a sí mismos como apariencia. El autor de estas conferencias va a producir un desplazamiento que busca desarrollar la continuidad empírica de la apariencia o, siguiendo a Lyotard, la Autenticidad, la posibilidad efectiva de la emancipación. Con Adorno la impostura del pensamiento y del arte sólo se nos ha revelado como emancipación negativa.

### Emancipaciones

Adorno encuentra que el momento artístico y crítico de la Modernidad se caracteriza por las formas abiertas y sin límites que se subvierten a cada momento, transgrediendo con ello la unidad de la obra y más aún, la unidad cognitiva del sujeto. Es claro que la forma abierta movilizadora principalmente por esta fuerza artística transformadora, que eleva a imperativo su confrontación contra los sistemas de sentido y validez, proyectará en el sujeto y su condición material un nuevo centro si las habilidades sensibles y de la expresión son utilizadas fuera de los órdenes representativos dominantes. Este efecto conforma el nuevo canon de lo estético, pero caerá también en el enjuiciamiento si el ejercicio artístico no es correlativo a la facultad de ser él mismo tribunal de la Razón y defensa de lo que ella distorsiona y cosifica.

Las escisiones sujeto-objeto de la Razón Instrumental son afrontadas por las formas abiertas en las que el vínculo entre los hombres es rescatado y la simetría al interior del hombre es restituible. Aún con la constante del pensamiento de Adorno pesando a la espalda de esta obra, se lo encamina para que los quiebres sean reparables. Al haber mantenido Adorno la directriz de una filosofía de la conciencia, permanecía bajo el peso de los supuestos clásicos de la reflexión, por lo que la experiencia del sí mismo se le presenta bajo la experiencia de la enajenación de la subjetividad; sólo cuando las condiciones de posibilidad objetivas y trascendentales de ese sujeto pueden devenir en los logros concretos de la expresión, la forma abierta e ilimitada de lo diferente y lo excluido

puede tener sitio confirmable en la existencia, superando al fin los abismos propios del lenguaje de la filosofía de la conciencia.

Esta nueva situación es tan patente como la acción misma de la Razón Instrumental; pero es sólo *la razón de las formas abiertas* la que pugna por la restitución sin violencia y no forzada de lo vivido, tendiendo puentes entre la identidad y la diferencia, entre lo cercano y lo lejano, entre la visión y el concepto; quedando aquí toda utopía, como ya se ha dicho, en un sentido material de la experiencia dentro de los márgenes de una racionalidad nueva que ya suponía el filósofo con la filia entre la reflexión y las formas abiertas.

Wellmer presiente que esta actividad no encarna otra cosa que el desplazamiento de una Razón Instrumental hacia una Racionalidad más amplia que traspasa las totalizaciones de lo reificado y de lo inerte con la fuerza de las experiencias paralelas de lo otro y lo excluido, dentro de un nuevo espacio que les da cabida en igualdad de condiciones como actores de la vida material. Este nuevo horizonte comprensivo da cabida a situaciones concretas, discriminadas antes por el conjunto de condiciones materiales propias del lenguaje de la Razón humana Instrumental, e ilumina ahora los componentes de las condiciones materiales y sus lenguajes particulares, cosa que desde luego no es considerada razón suficiente para producir de inmediato la emancipación. Pero en medio de la exigencia de una racionalidad del intercambio de sentido como la que está suponiendo de fondo Adorno, la Razón dominante queda en minúsculas, pues sólo es uno de los actores representados en las formas abiertas y no hay ningún motivo para que sus procedimientos sean universalizables.

En la subjetividad y la objetividad *sin límites y abiertas*, que se desarrollan en la obra plástica o bien en la filosofía, la demandable incomunicación producto del dominio es superable. Tal como sucede en el caso en que las distorsiones del control agobien a una forma de vida, no en una instancia que cubra a todo el lenguaje o toda la razón, ya que, por ejemplo, puede establecerse un índice de violencia en el margen de Identidad y Diferencias, en una región, en una empresa, en un programa de televisión, siendo puestas en común entre los particulares, para ser reencausadas dentro de comportamientos que corrijan distorsiones e intereses desviados, en medio de significaciones esencialmente abiertas y caracterizables.

La reflexión de Wellmer no se contenta con este avance de tinte habermasiano, pues no tiene para nada una actitud complaciente. Su objetivo es introducirse dentro del aparato central de la filosofía de Adorno,

las categorías de Verdad, Apariencia y Reconciliación. Aceptada la superación que realiza esta racionalidad abierta sobre la Racionalidad Instrumental, queda superada la rigidez inerte de la dialéctica sujeto-objeto y se puede trabajar otro canon de la reflexión, sin que por ello se de una superación sólo teórica de los esquemas dominantes. Para pasar de esta actividad latente a una patente y manifiesta se pueden visualizar, a través del arte o la filosofía, las formas de vida o los juegos del lenguaje dominados por los contenidos semánticos atrofiados o atrofiantes, según los dominios del concepto propios a la subjetividad de la conciencia, en un espacio social definido y demandable.

De otro lado, la demanda de las categorías de la Razón desde la misma Razón Ilustrada, hace parecer que Adorno acepta con sus supuestos la no realización y el límite imposible de rebasar, puesto que el mismo procedimiento está viciado; la esperanza desde estos mismos imperativos y supuestos es infundada. Aún así, las causas concretas de su desesperanza también pueden ser evidenciadas, aún en nuestro tiempo. Como pionero de la era del desenmascaramiento sus observaciones pueden tener aplicación, pues vemos que domina el lenguaje aliado con las técnicas científicas, domina la visión objetiva y funcional por sobre las formas abiertas orgánicas de forma que se generan prácticas cosificadoras extensas, tanto para los que las padecen como para los que las generan, en el orden institucional, político y social, etcétera.

Por su parte, el campo de las formas abiertas capta la sensibilidad truncada, junto a las diferencias violentadas por la identidad dominante, yendo justamente más allá del dominio de esa Razón y de la apariencia, el punto al que se arriba tendrá que mostrar junto a la importante manifestación de otra forma de vida, el punto en el que se encuentran o se desencuentran y sobre todo el punto en el que se da respuesta o no a los motivos violentados. De forma que se mantiene la reflexión del orden del sentido por sobre la apariencia, es decir el imperativo estético y filosófico de Adorno en el que se muestra la negatividad de la Razón Formal; pero como se ha dicho, con una visión de la reconciliación concretable y efectiva dentro de las formas abiertas e ilimitadas y su papel en una comunidad. De otro modo y fuera de esta reformulación contemporánea, someterse sólo a los imperativos de un dominio de la razón, en este caso el instrumental o el formal, o bien a los de una secuencia histórica-material, deberá ser atendido y negado a la vez en un equilibrio meramente aporético.

El potencial y el amplio margen de lo estético rebasan sin más a la Razón Instrumental, su crítica y el desenmascaramiento pueden atender asimismo una serie de mediaciones locales que se encuentran fuera del ex-



clusivo campo instrumental, y que son precisamente las que se quiere rescatar del dominio de la Razón formal u operativa; dar la espalda a este espacio sería subyugar lo estético a un papel, como decía Adorno, de un arte programático. Claro, la expresión local, artística o cognoscitiva, puede estar distorsionada y ser regresiva. Wellmer no lo ignora, pues mantiene los ideales de la ilustración, junto a Adorno, pero ahora en un sistema de vida social sensible a estos problemas.

Adorno es captado fielmente desde la misma radicalidad de su postura y con ella se define la otra cara de sus reflexiones. Al mostrar lo irrisorio de forma impecable, como aún lo hace el arte y alguna reflexión, se exponen los componentes de los paradigmas para evidenciar la totalidad falsa, logrando en este punto la emancipación real de la conciencia junto a la verdad, pues las formas abiertas franquean el componente de violencia de lo dominante, sacando a la luz las apariencias de la realidad moderna, pero no porque demuestren efectivamente sólo esta realidad negativa y sin sentido; ellas mismas son sentido, ellas condensan visiones antes ocultas, tal como sucede con las imágenes o constelaciones filosóficas. En este imperativo de Adorno está presente ya un nuevo término de la comprensión, una forma abierta para el individuo que *reconoce* su pasado, su presente y perfila su futuro. Si este no fuera su papel, el arte y la filosofía no se diferenciarían del sin sentido ni de lo petrificado, sólo asumirían la distorsión del contenido, de lo falso, serían como ello la nada, desconociendo de esa manera la verdad de los procesos concretos de la comprensión a posteriori, lo cual dejaría de tener todo sentido y no se diferenciarían de lo mudo o de la barbarie.

Es decir que negar el sentido de la realidad moderna no es sólo negar el sentido de forma progresiva e indefinida, sino alterarlo, es la puesta en disposición del nuevo sentido para los sujetos que ven transformada su experiencia totalitaria marcada por la razón, cumpliendo justamente el rebasamiento del concepto y el dominio en pos de la reconciliación, pues se acaba de reconocer a lo otro del sí mismo, mediante los puentes entre lo subjetivo y lo objetivo antes incomunicados, ahora entretreídos desde la sensibilidad del sujeto que Adorno esperaba y que debe ser formado en grado creciente por el oficio propio del arte y de la filosofía. La formación vuelve efectiva la petición de los principales enunciados de la Teoría Crítica heredados de la Ilustración, con el hecho de introducir más razón y dirigirse contra lo paralizado e inamovible, el ejercicio crítico amplía las facultades conceptuales y prácticas del sujeto, dando la oportunidad de estructurar recíproca y efectivamente los campos antes incomunicados de la subjetividad con la objetividad y de lo sensible con la razón formal.

El concepto de Reconciliación en la época de Adorno, se vuelve una exigencia negativa para el arte y la filosofía; pero mantenerla así, confirma más bien el último aliento para la esperanza. Ahora las sucesivas iluminaciones que pueden tener los hombres a través de sus nuevas experiencias acercan empíricamente lo que fue una vez sólo un ideal, haciendo que se recreen en la cultura y en la sociedad acciones concretas, desde los contenidos emancipatorios y auténticos que fueron una vez sólo de negación, rebelión y sin sentido.

Fernando Astaiza  
Maestría en Filosofía  
Universidad Javeriana

**Nicholsen, Shierry Weber. *Exact Imagination, Late Work: On Adorno's Aesthetics*. Cambridge, MA; London, England: The MIT Press, 1997. 266 páginas.**

El libro de Nicholsen constituye un intento inteligente para dar cuenta de una reflexión estética densa y a menudo enigmática. Por este motivo, *Exact Imagination, Late Work* es también un texto denso y difícil de resumir. La autora parte de la idea de que la obra de Adorno ha envejecido, que es a la vez demasiado conocida y todavía poco entendida por el público (en especial el público anglosajón al que Nicholsen se dirige). Falta, según ella, una verdadera apropiación imaginativa de su obra, aunque menciona a Frederic Jameson, en *Late Marxism*, como una excepción importante (2). Si algo ha dificultado el acercamiento al pensamiento de Adorno, ha sido el papel central de la dimensión estética en su obra, en especial la "forma configuracional o constelacional", más sugestiva que lógica (enigmática, precisamente), elaborada por este pensador en su búsqueda de una "racionalidad a-conceptual o a-discursiva" que se pueda oponer a la dominación de la lógica sistemática, aliada de la burocratización de la vida moderna (3). Nicholsen se propone entonces, en este libro, examinar en detalle no sólo las ideas de Adorno, sino, y sobre todo, la fusión de forma y contenido que acercan sus escritos a la actividad estética sobre la cual reflexiona el autor.

En el primer capítulo, "La experiencia estética subjetiva y su trayectoria histórica", la autora explora la postura de Adorno sobre la subjetividad y la experiencia estética, dos temas que según ella se han vuelto aun más problemáticos desde las últimas décadas del siglo XX (15). Examina también la historicidad de esta experiencia estética, y lo que